

PARA UN INVENTARIO DE TIEMPOS Y ARTES¹

Ángel Pascual Rodrigo

Cuando los amigos de Lou O'Creyton supimos que había cambiado su trabajo en el MOMA por el de conductor del METRO de Nueva York quedamos paralizados por la sorpresa. No hicimos apenas comentarios. Estoy seguro de que cada uno de nosotros comenzó a imaginar y comparar la soledad en la subterránea oscuridad del METRO con los reiterados absurdos que suponíamos confluían en el MOMA. Aquella decisión parecía meditada... y comenzamos a desgranar consecuencias.

Parecería que estoy contando un relato imaginario, pero es real y cierto. Lo traigo a cuento para hablar una vez más sobre las fenomenologías y los entornos del Arte de nuestro tiempo.

Para Lou, la convivencia cotidiana con el arte contemporáneo y las gentes que por aquel museo pululaban terminó siendo insoportable. Al recordarlo me hago una pregunta deliberadamente ingenua que dejo en el aire: ¿Qué tiene cabida en un museo de la modernidad?

En cierta ocasión, el gestor de un importante museo de arte contemporáneo me dijo que no tendría en su casa ninguna de las obras que compró para el museo, ni compraría para el museo ninguna de las que tiene en su casa. También oí a la directora del más conocido centro de arte contemporáneo de nuestro país describir qué le gustaba contemplar al llegar a su casa después del trabajo: «Un paisaje sereno en tonos azules». Nunca encontraremos algo así en ese centro, a no ser de modo eventual y envuelto en un tirabuzón de justificaciones neoacadémicas.

Más de uno contestaría que un comentario así descalifica la validez profesional de quien lo hace. No creo que sea así, aunque debo matizar.

Habríamos de considerar algunas cuestiones elementales para ahondar en la cuestión sin precipitarnos. Es evidente que la mayoría de las creaciones artísticas más afamadas de todas las épocas no han sido realizadas para el confort de nadie al llegar a su hogar sino pa-

¹ Versión revisada del artículo publicado en el número 12 de la revista INVENTARIO. Barcelona-Madrid, 1998.

ra otras funciones. Unas buscaban predisponer al recogimiento y la meditación en lugares de oración, otras pretendían resaltar la grandeza divina o el poder terrenal en catedrales, palacios y metrópolis, otras querían provocar una superación moral e intelectual en el individuo o en la colectividad, etc. Y esos efectos no han sido buscados siempre a través de la belleza, la serenidad o la grandeza, sino también a través de la *catarsis*: usando el horror o el absurdo para provocar un rechazo a lo inícuo y lograr una depuración interior. Son los mecanismos de un teatro clásico como el de Shakespeare y de muchas pinturas que figuran en museos, cuyas terribles tragedias serían insufribles si se vivieran en la cotidianidad del día a día, sin que ello les quite valor ni razón de ser.

Se trata en definitiva de una cuestión de discernimiento. El problema está en la frecuencia de procesos superfluos, sin control y carentes de finalidad última. La histérica insaciabilidad del ego de algunos en busca de protagonismo es pasto propicio para el cultivo de mascaradas, aunque no sean conscientes de su propia complicidad y de sus efectos reales. La propia naturaleza de esas imposturas lleva a un resultado incontrolable o nulo y el costo final no suele ser gratuito. Todo se paga.

También puede verse esa vacuidad enfermiza en los lenguajes artísticos. Hoy suele darse más importancia a la forma que a los contenidos². Se exige una renovación formal continua, lo cual es una clara prueba de pedantería. A menudo se acusa de obsoletos a lenguajes visuales que siguen siendo útiles para la comunicación tras años de eficacia y depuración, se les acusa en base a su edad cuando precisamente ella demuestra su validez. Paradójicamente, se les desprecia desde un lenguaje hablado o escrito que difiere bien poco del de siglos atrás, salvo en lo rebuscado de ciertos términos y el abuso de sintaxis pedantes que oscurecen a posta la comprensión. Pero a quien tiene un pensamiento cautivo no hay paradoja que le mueva a la reflexión ni reflexión que le mueva de la paradoja. Resulta tan patente la dificultad para la autocrítica real como el automatismo crítico ante elementos ajenos. Se nos exige el cambio por el cambio, que sentenciamos como no contemporáneo lo perenne —obviando el significado del propio término— y que nos dejemos seducir por nuevos olores, aunque al olerlos sintamos que «algo huele mal», siguiendo con las referencias shakespearianas.

² Resulta paradójico que muchos de los llamados artistas conceptuales terminen definidos más por el tipo de materiales empleados —necesariamente diferenciados de los tradicionales— que por el propio concepto transmitido —trivialmente demagógico o demagógicamente trivial, salvo en honrosas excepciones—. Es fácil concluir que hay más calidad de concepto en una pintura de Giorgione que en la mayoría de las obras llamadas conceptuales.

También podríamos preguntarnos con la misma ingenuidad ¿qué recibimos en una visita a un centro de arte?

Sin ser negativista, contestaría que es mucho lo que podemos recibir en ellos de cara al cultivo intelectual, aunque sólo sea por la provocación del simple ejercicio reflexivo sobre los diversos errores de artistas y gestores. Pero lo que parecen buscar muchos de los «selectos visitantes» no es eso sino la aureola virtual de pertenencia a una elite. Y esos centros suelen jugar con esa motivación de modo pernicioso, conscientemente o no. Sus limitadas cifras de asistencia se basan en que el visitante se sienta de esa elite, de que entre en una ilusoria sensación y una banal comprensión por encima del resto de los demás mortales. Es la reposición continua del *traje del emperador*, que sirve de río revuelto a sastrecillos avisados y sin escrúpulos. La cuestión termina siendo un mero juego snob —*sine nobilitate*.

Acabaré dejando en el aire una tercera cuestión. Se trata de esa especie de pseudo cariz religioso que ha ido instituyéndose en los entornos del arte. Observen y descubrirán capillas, confesionarios, genuflexiones, adoraciones, novenas, jaculatorias, exégesis, vacíos zen, extinciones suffés... Admito que una provocación eventual puede resultar tan sana como un *koan*; pero las tergiversaciones sistemáticas e insistentes —insoportables y reiteradamente aburridas ya— son tan sospechosas de egolatría, carencia de sentido y falsificación que hacen dudar de la cacareada capacidad creadora del hombre moderno.

No obstante, entre la cizaña se puede seguir encontrando valores que están muy por encima de la mediocridad rampante. Pero atención, artistas de buena voluntad, porque la máquina se nutre de vuestras buenas intenciones.